

Javier RODRIGO, *Cruzada, paz, memoria. La guerra civil en sus relatos*, Granada, Editorial Comares, 2013. 165 pp. ISBN: 978-84-9045-061-1

No es un libro más sobre nuestra guerra civil y sobre los subsiguientes relatos. Al contrario, este libro demuestra que la historia como ciencia social no se puede enclaustrar en dogmas de uno u otro color y que, por tanto, el trabajo y el compromiso del historiador para ahondar en el pasado sigue abierto a nuevas investigaciones y a nuevas interpretaciones. El camino de la verdad científica no se cierra nunca y está en construcción constante. De hecho, el joven historiador Javier Rodrigo, que ya tiene la consideración merecida de cualificado experto en la violencia política que ha marcado el pasado siglo XX, reconoce que su propuesta de integración de los relatos enfrentados sobre nuestra guerra civil queda incompleta. Ante todo, aborda el análisis de los dos grandes relatos que se han construido sobre la guerra civil. Por un lado, el de los vencedores y, por otro, el de los vencidos. El primero ya se inició en los mismos días de la guerra cuando ésta fue catalogada con gran éxito político como una cruzada religiosa y patriótica contra la anti-España. Este relato persiste en una serie de autores que Javier Rodrigo cataloga como revisionistas y que no son sino prolongaciones de aquellas primeras justificaciones de la sublevación militar. El relato de los vencidos comenzó con el exilio en los años cuarenta y actualmente se ha revitalizado con notables aportaciones desde las investigaciones implicadas en la recuperación de esa otra España que aún tiene muertos en caminos y fosas perdidas sin la justa reparación social y humana.

Es original el empeño de encontrar una tercera vía que trate de integrar ambos relatos, tarea que, sin embargo, a mi entender, trasciende los esfuerzos de los historiadores pues semejante tarea compete a la sociedad cuando haga realidad aquellas palabras de “paz, piedad y perdón” que pronunció Azaña como requisito para una auténtica reconciliación nacional que de ningún modo significa olvido. A este respecto es necesario subrayar que la historia es un saber social y que, por tanto, tiene utilidades prácticas que, en el caso de la guerra civil, comprometen a los historiadores con el deber ético de aportar un conocimiento riguroso, argumentado y ecuánime de las trágicas vivencias que produjeron tres años de guerra fratricida. Sin duda, se podría conseguir el consenso, al menos entre los historiadores, de que el modo de cerrar las heridas del pasado no es situarse en uno u otro bando. Al contrario, el punto de partida debería estar en el reconocimiento de que en ambas partes hubo verdugos y no sólo víctimas. Que haya más muertos en una parte que en otra es el resultado constatable de que el vencedor pudo seguir matando tras la victoria, pero eso no resta valor a las víctimas inocentes producidas por la parte vencida. Si no se acepta este reconocimiento, seguiremos perpetuando las dos Españas, sea en las investigaciones

históricas, sea en las tertulias y debates de mayor o menor calado profesional, se llamen revisionistas los unos o defensores de la memoria histórica los otros... Por ejemplo, habría estado muy bien que la Iglesia se hubiera al menos sumado a las iniciativas por encontrar a los muertos del otro bando que fueron tan inocentes como los suyos y están todavía por los campos. Pero estaría igualmente bien que los del otro bando reconociera(mos) que los suyos (nuestros) mataron a los curas por ser curas y a gente de derechas por ser de derechas.

Sin duda, los historiadores elegimos los temas de estudio de forma libre, y Javier Rodrigo expone en esta obra el resultado de sus investigaciones y un balance historiográfico lúcido y, por tanto, imprescindible para conocer las distintas sensibilidades, inquietudes y preocupaciones desde las que se han planteado los demás historiadores el estudio de la guerra civil. En este sentido es una obra de una madurez metodológica envidiable para un historiador tan joven, y también una obra valiente porque probablemente no va a gustar a muchos colegas. Su propio estilo, entre deconstructivo y constructivo, ágil y brillante, puede sorprender a unos, incluso disgustar a otros, por ese torrente de concatenaciones historiográficas y políticas que, en todo caso, siempre logrará de cualquier lector la reflexión y la mirada crítica.

Para Javier Rodrigo hay tres relatos que no sólo explican sino que también argumentan las razones de uno y otro bando. Son relatos, por tanto, que también tienen la característica de servir de propaganda social para quienes se sienten implicados de forma partidaria en aquella guerra. Javier Rodrigo no analiza la guerra con sus batallas sino cómo se han relatado aquellas batallas, aquel enorme conflicto, con el afán de sentar el canon interpretativo que se asiente como norma y pensamiento en toda la sociedad. El título de la obra ya nos da la referencia precisa a esos tres grandes relatos: el de la cruzada, el de la paz y el de la memoria. El primero, el de la cruzada, surgió en el bando rebelde desde los primeros días para justificar la violencia no sólo en el frente bélico sino sobre todo la violencia practicada en la retaguardia contra los militantes o cuantos fuesen sospechosos de simpatizar con alguno de los partidos republicanos o de los sindicatos obreros de clase, sin distinciones. Semejante cacería es lo que ha permitido plantear un relato opuesto, el de que aquella cruzada, de hecho, fue un holocausto de demócratas y militantes de ese amplio abanico que iba desde los republicanos más o menos tibios hasta los comunistas y anarquistas.

El segundo relato que analiza J. Rodrigo es el construido también por el bando vencedor y que paradójicamente se arropó bajo el eslogan de la paz, para propagar que desde la dictadura se estaba construyendo una paz que debía situar la guerra como la consecuencia del fracaso colectivo producido por una República incapaz de armonizar las dos Españas y de construir la prosperidad nacional. No negaba el relato de la cruzada sino que lo revestía con el aparente distanciamiento de una guerra explicada como fratricida y en el que comenzó a equipararse la violencia de un bando y de otro como “tragedia española”, locura en la que todos fueron culpables y “lucha cainita”.

Para sistematizar el tercer relato que el autor cobija bajo el rótulo de “memoria”, se hace un equilibrado repaso a las distintas perspectivas con las que los vencidos han abordado la guerra, desde el planteamiento de Felipe González en 1976, al inaugurar un monumento a los sindicalistas arrojados al pozo Funeres en Asturias en 1948 hasta la conceptualización de la violencia franquista como autora de un genocidio. En aquel acto de 1976 Felipe González, como líder del PSOE y ante militantes socialistas, planteó que había que “asumir el pasado” pero no para reivindicarlos sino “para superarlo”. En el mismo sentido, Marcelino Camacho, líder del principal sindicato de la izquierda, CCOO, y militante comunista, al votar la ley de amnistía en las Cortes de 1977, defendió el tránsito pacífico a la democracia para lo que había que usar la amnistía para “cerrar ese pasado de guerras

civiles y de cruzadas”, según sus propias palabras. De este modo, esa ley de amnistía habría clausurado la guerra civil. Ahora bien, el movimiento por la memoria histórica desarrollado sobre todo en las dos últimas décadas se mueve en otras coordenadas. Por un lado, ha recuperado la urgente necesidad de exhumar los cadáveres de las víctimas del franquismo aún por cuantificar y enterrar dignamente, y, por otro, se ha propuesto rescatar la propia memoria de los vencidos como artífices de una España que no pudo ser pero que debe ser reivindicada en contraposición a la memoria que el franquismo desplegó durante cuarenta años de dictadura.

Llegados a este punto, Javier Rodrigo plantea que la categoría de víctima no es algo cerrado y unívoco sino “un constructo cultural complejo y multiforme” que debería desplegarse con carácter multidireccional para que no sea sinónimo de equiparación de violencias sino de coherencia para preservar, por un lado, el derecho a las diferentes memorias, pero a la vez construir un conocimiento del pasado tan plural como crítico, tan poliédrico como antimaniqueo.

Juan Sisinio Pérez Garzón
Universidad de Castilla-La Mancha